

¿CÓMO LEYÓ JUAN DE LA CRUZ VARELA?*

Rocío Londoño Botero**

En una serie de entrevistas que sostuve con Juan de La Cruz Varela, poco antes de su muerte, una de las cuestiones que me suscitó mayor interés y curiosidad fue su extraordinaria pasión por los libros, la propiedad con que citaba fragmentos de la Divina Comedia o versos de Las Doloras y Poemas de Ramón de Campoamor, así como sus referencias a lecturas tan sofisticadas como la Summa Teológica y El Genio del Cristianismo. En ciertos momentos llegué a pensar que su desconcertante "erudición" posiblemente no iba más allá de la lectura de solapas y prólogos de libros y de la colección de frases célebres, tan usual en la retórica de los políticos colombianos. Con todo, en sus respuestas a mis preguntas suspicaces, advertía mucha autenticidad y una peculiar manera de relacionar sus lecturas con la vida cotidiana y con la acción política.

En 1985, tuve la oportunidad de conocer su finca La Pradera, en la vereda de Paquiló, donde vivió desde 1958 hasta su muerte. Para llegar allí fue preciso viajar en bus por la carretera destapada entre Usme y San Juan, pequeño caserío ubicado en uno de los puntos más altos del páramo de Sumapaz. En San Juan tomamos las muías para hacer la travesía por la trocha del páramo que desciende hacia el río El Pilar. Después de una jornada de

ocho horas llegamos por fin a un hermoso y fértil valle en donde se halla la casa de Varela.

A partir de las entrevistas me había imaginado el posible mundo doméstico de Varela. Suponía yo que, un líder campesino, con una notable trayectoria política de 50 años —miembro del Comité Central del Partido Comunista, relacionado con altos funcionarios del Estado y dirigentes de los partidos, que en ciertos períodos había vivido en Bogotá e Ibagué, había hecho un viaje a Cuba y dos a la Unión Soviética, con una corta estadía en París, y que era un lector asiduo de periódicos, de libros de todo tipo y con una especial afición a la poesía— no podría vivir a la manera de un campesino tradicional. No obstante, me encontré con una realidad que muy pálidamente correspondía a las imágenes, tal vez muy académicas, que me había formado conversando con él.

La casa de madera, de sólida construcción y más grande que el tamaño promedio de las casas de la región, contaba apenas con un escaso y rústico mobiliario; de las cuatro habitaciones, sólo dos se hallaban en uso: una de ellas, contigua a la cocina, había sido el dormitorio de Varela y los demás miembros de su último hogar; un pequeño altar de la Virgen del Carmen, permanecía tal y como él lo había cons-

* El testimonio que se transcribe hace parte de una entrevista realizada en los meses de julio y octubre de 1984 en Bogotá, durante 16 sesiones de cuatro horas cada una. El texto escrito corresponde literalmente a las grabaciones; solamente se suprimieron algunas redundancias y se ordenó de conformidad a la línea temática escogida para esta publicación.

** Socióloga, profesora de la Universidad Nacional de Colombia.

truido. En la otra habitación, muy húmeda y con una ventana pequeñita, se hallaban su biblioteca, su archivo y las medicinas para el ganado; dicho lugar, según me comentó su esposa, era celosamente cuidado por Varela y los libros no se podían tomar sin su consentimiento.

La habitación mas grande, ubicada en el centro de la casa, al parecer había sido diseñada por Varela como una especie de sala, pensando en los hijos que vivían en Bogotá y los personajes que con frecuencia iban a entrevistarse con él. Sin embargo, con el transcurso del tiempo la sala se quedó sin amoblar y se convirtió finalmente en un depósito. La única huella de la intención original eran dos grandes fotografías: la primera de un grupo de jinetes en el páramo, encabezados por Emilio Urrea, cuando era alcalde de Bogotá, Juan de la Cruz Varela y Enrique Peñalosa, en ese entonces gerente del Incora; en la segunda fotografía aparece Juan de la Cruz, con micrófono en mano, pronunciando un discurso en alguno de los pueblos del Sumapaz.

Un pequeño cuarto de madera, ubicado a menos de un metro de la casa, me hizo recordar la insistencia de Erasmo Valencia, el maestro político de Varela, en que la casa de un campesino, por más pobre que fuera, debía ser limpia y tener al menos una letrina.

Cuando hice este viaje en compañía de Juan de Dios Varela, el segundo de sus hijos, aún vivían allí Juanita Molina, su última esposa, sus hijas Dora y Cornelia, y el único nieto de aquella unión. La vida doméstica transcurría entonces prácticamente igual a cuando Varela era el jefe de ese hogar. No fue preciso ningún ejercicio antropológico para advertir que, Con excepción de los hábitos de lectura de libros y periódicos y de escritura de cartas, memoriales y proposiciones, en todo lo demás Juan de la Cruz había conservado, casi intactas, sus costumbres ancestrales. Más aún, quien fuera el mayor divulgador de la técnica, de la ciencia y del progreso el campesinado del Sumapaz, había seguido cultivando sus estancias de papa y mantenía su pequeña ganadería a la usanza antigua.

El contacto directo con la vida cotidiana de Varela me obligó ciertamente a replantear asociaciones simplistas entre la vida material, los hábitos cotidianos, la política y el mundo mental: su casa misma expresaba la coexistencia entre una vida elemental y rutinaria, unas costumbres rústicas y un mundo espiritual diverso y bien complejo. Mis dudas iniciales sobre las lecturas de Varela se desvanecieron del todo: durante un día entero pude escudriñar su biblioteca y constatar que no sólo había leído los libros que citaba sino que había adquirido ciertos hábitos de los intelectuales: subrayaba, ponía signos de admiración y de interrogación en ciertos párrafos, hacía sus propias acotaciones en los márgenes, y también utilizaba sus libros favoritos para guardar secretos de amor y penas existenciales. En la Biblia, por ejemplo, encontré un papelito con la indicación de algunos pasajes sobre la muerte y en el Libro de Oro de Bolívar, escrito por Comelio Hispano, hallé la siguiente nota de su puño y letra:

SENSUALIDAD FEMENINA

*Bárbara-Mariela-Anita-Leonilde-Anais-
Eugenia-Eva-N. Gómez
Flor Perfumada*

*Concha-Juanita Pinilla-Eugenia-Mercedes-
Ernestina.*

LA ESCUELA RURAL DE CABRERA Y LAS MAESTRAS

YO NACÍ en 1902 y entré a estudiar en 1914; tenía 12 años y estudié dos años porque los otros hermanos también tenían que ir a la escuela; los primeros 7 días de estudio fueron con una profesora que se llamaba Procesa; era una ancina ya puro vieja que entró en agosto, hizo 7 días y se tuvo que retirar porque se la pasaba enferma.

El primer día que entré a matricularme ya habían llegado más alumnos pero eran unos hom-

bres formados que habían llegado a Cabrera a "fundar" y ya habían estado en otras escuelas. Un Gabriel Fernández, que fue mi amigo, era un hombre formado y tenía una letra maravillosa. Cuando llegué a la clase estaban leyendo en coro un libro que decía: "el libro de la Sagrada Biblia es tan grande y sublime..." no recuerdo más, pero se me grabó cuando todos estaban leyendo eso. Al poco tiempo ya comenzaron a pegarme dizque porque era boyacense, mal vestido, cuidandero de marranos, godo y no sé qué más..., pero yo no tenía ninguna política porque mi papá se caracterizaba por ser demócrata y solamente cuando llegaron unas elecciones votó por el partido liberal.

Como en la escuela me pegaban, yo comencé a defenderme y la maestra me castigó por eso y no quise volver a la escuela. Al día siguiente, como yo era muy madrugador, mi papá, al ver que no me había alistado y que ya llegaba la hora de irme, me dijo: "¿No va a la escuela?" yo le dije: "No, porque allá me pegan y la maestra tampoco me defiende"; entonces me llevó a la fuerza y le dijo a la maestra que yo no quería volver porque me pegaban y ella no podía remedio; la maestra le respondió: "no siendo aquí en el salón, ¡pues que se defienda!". Salí entonces y me eché una piedra al bolsillo del pantalón; cuando nos sacaron del salón comenzaron a pegarme y al primero que me pegó saqué la piedra y se la puse; entonces se formó gavilla contra mí pero unos Romeros que eran 4 hermanos, dos ya formados, me defendieron y se formó la pelotera; en esa forma ya no me volvieron a molestar porque los Romeros dijeron: "A Varela no lo toca nadie porque la pelea es con nosotros". Después ya fui perdiendo el miedo, me desquitaba en la calle y peleaba bastante porque yo no era muy cobarde tampoco.

La escuela dejó de funcionar hasta que llegó la señorita Ana María Torres Plata y duró como seis meses; era muy verduga, daba palo sin lástima, pero enseñar, enseñaba. Un día salí mal en una lección y me hizo arrodillar en la puerta de la escuela; yo le di dos repasos a la lección y como tuve una memoria feliz cuando me paró para que la recitara se la di bien. Solamente una persona me vio arrodillado en la puerta.

Ya entonces entró la señora Lastenia, una profesora sumamente capaz, pasaba de los 50 años, el cabello totalmente blanco y un poco arrugada la cara. Ella venía de Bogotá y tenía una hija que se llamaba María, muy ilustrada ella y la anciana también porque había sido profesora de un colegio. Ella era una mujer seria pero no nos castigaba ni nos pegaba; con rigor y con respeto, cuando había conversación o alguien molestando, carraspeaba, pegaba un zapatazo contra el suelo y nos asustaba con sus ojos que eran como dos puñales.

Una vez organizó una fiesta escolar para que bailáramos los muchachos con las muchachas y para aprender el roce social porque ella decía que eso era necesario. Nos sacaba a paseos a todos y observaba quién se manejaba mal; ella trató mucho de quitarnos el complejo. También hacíamos recitaciones y a mí me gustaban mucho; en una ocasión me aprendí una recitación que se llamaba "En la Sombra" y Rufina Botero, una condiscípula muy simpática, me respondió con un verso que se llamaba "Mi última carta"; creo que esas recitaciones eran de un libro de Adolfo León Gómez que era un gran poeta... como que murió en "Agua de Dios".

Cuando estaba la señora Lastenia yo no perdía el interés de estudiar y ella tenía que obligarme a salir a recreo; ella me ayudó mucho porque yo era muy aplicado, sumamente consagrado y muy disciplinado. Entonces no había como ahora curso tal, sino clase elemental, clase media y clase superior. Yo entré a la banca elemental, a los pocos días me pasaron a la cola de la banca media y seguí ascendiendo hasta que pasé a la cola de la banca superior, pero había un tal Tomás María Romero, de otros Romeros, que se daba estudiando día y noche y ocupaba la cabeza de la banca superior; yo luché y luché por alcanzarlo pero como él era más grande y ya formado no pude alcanzarlo.

En la escuela hubo una condiscípula que seguramente se enamoró de mí porque yo era más o menos inteligente y principió a tratarme hasta que le escribí. Había que pagar el arriendo del local de la escuela y mi papá no quiso pagar y a mí me iban a sacar por no pagar; ella me regaló 50 centavos y hasta me sobró plata. Yo le escribí

una carta y la familia se la cogió y se la leyeron. Ella era una muchacha bastante distinguida, muy simpática, se llamaba María Luisa. Fue para mí una frustración bastante grande y desde entonces yo me volví un solo complejo; eso contribuyó bastante a frustraciones en mi vida. Francamente a mí hubo muchas maestras y muchachas que me pretendieron en la vida y fui afortunado hasta en eso; pero a mí nunca me gustaron las maestras ni la gente distinguida porque mis amores siempre fueron con campesinas, con gentes de mi clase, porque yo era consciente de que no podía corresponderles.

Cuando salí de la escuela, la señora Lastenia me regaló el libro de Los miserables; me di cuenta que las iniciales de Jean Valjan eran las mías y me gustó tanto que nunca dejé de leerlo. Entonces ya murió mi madre y quedamos ahí solos y me dediqué a trabajar para ayudar a mantener a mis hermanos. En esas nombraron a la señora Lastenia como telegrafista en Pandi y ella me nombró cartero con el fin de que yo aprendiera telegrafía; pero lo primero el oído no me servía mucho y lo segundo era muy consagrado porque uno no podía retirarse para atender el oficio; estuve en eso unos tres o cuatro meses y cuando volví a trabajar se me habían adelgazado mucho las piernas y se me ampollaban las manos con el machete. Ya entonces prometí no volver jamás a aceptar puesto público.

LA RELIGION, LOS LIBROS CATOLICOS Y LAS CREENCIAS

“La religión me la enseñaron mis padres y algunas oraciones como el Padre Nuestro, el Ave María, el Señor mío Jesucristo y también los mandamientos y la confesión. Yo siempre tuve la ilusión de estudiar porque desde que iba a misa con mis padres oía que en los sermones hablaban de Aristóteles, contra Lutero y Calvino que eran los demonios y nombraban a muchos hombres ilustres; eso iba despertando gran curiosidad en mí.

Cuando ya era un hombre formado procuré leer algunas obras sobre religión; leí la Santa Biblia porque a Balconcitos llegó un tipo ven-

diendo la biblia completa de los Adventistas, con el Antiguo y el Nuevo Testamento, en 50 centavos; el cura se enteró que yo la había comprado y fue hasta mi casa a decirme que se la entregara; entonces yo le dije: “No se la voy a entregar, lo primero porque la compré con mi plata y lo segundo porque lo que estoy leyendo es la Historia Sagrada que me enseñaron en la escuela”; lleno de pena y arrepentido me dijo: “entonces no se la preste a nadie”; yo le contesté: “Eso sí será pues tampoco los demás la entienden, como es de trabajoso leer”. Duré mucho tiempo leyendo la Biblia; pero a mí no me dio por ser adventista ni nada. Me leí también Del ente y la esencia de Santo Tomás de Aquino, Mis confesiones de San Agustín, El genio del cristianismo de Chateaubriand, la Imitación de Cristo de Tomás de Kempis y un libro de sermones que no tiene importancia.

Desde cuando comencé la lucha mis ideas no tuvieron ningún inconveniente porque yo no fui fanático sino que procuré ir con el mismo desarrollo de la vida y de los acontecimientos; es decir, guardar siempre el espíritu religioso pero nunca ni fanático ni clericalista. Si he tenido amistades con algunos curas no es porque ellos me hayan infundido sus creencias sino por trato social, por amistad; pero poco hablamos de religión. Entonces yo no tengo una religiosidad tan arraigada; tampoco lucho con la gente por sus ideas: el que quiere rezar reza; a mí no me ha gustado molestar las creencias de la gente; yo las respeto porque la biografía de Napoleón, que me la leí mucho, dice que él no llevaba a los países que invadía sus ideas religiosas; las dejaba allá quietas; lo que le interesaba era la cuestión política; entonces yo hacía lo mismo.

Lo que hay que señalar son ciertos hechos de la Inquisición, porque también leí libros de la Inquisición y eso es lo más brutal que hay; también hay que decir de los curas sectáreos como el padre Gómez Pineda de Cabrera, que fue terrible, y de otros que fueron muy humanos y ayudaron a favorecer a la gente durante La Violencia. De modo que yo no tengo un espíritu religioso así tan arraigado; yo creo en ciertas oraciones que considero que me protegen, aunque todo eso va desapareciendo frente a la lectura de los libros científicos materialistas; sim-

plemente tengo pues alguna devoción a los santos como la Virgen del Carmen y a las Almas del Purgatorio; aunque algunos libros dicen que el purgatorio es un invento. Hubo mucha gente que consideraba que yo era ateo, sobre todo en la guerra; otros que me consideraban espiritistas y mago porque no me pasaba nada atravesando tantos peligros. Pero era por la fe de que a mí no me pasaría nada y el atrevimiento de pasar por las partes más peligrosas.

Como en ese tiempo los curas condenaban tanto y hablaban tanto, la gente era un poco fanática; tenían algunas creencias y si les dolía una muela pensaban que era un maleficio y tenían muchas presunciones así. Yo nunca creí en eso, pero cuando principió la Violencia había una señora que hacía unas curaciones maravillosas. Vivía en la montaña y allá penetraba mucha gente. Un día me mandó decir que me enviaba un talismán para que no me pasara nada; yo le contesté que le agradecía mucho pero que yo no creía en eso y que lo guardara en la parte más oculta. Esa señora hacía curaciones de verdad fantásticas como la que le hizo a la hija de Faustino Herreño que era medio tonta y medio cotuda: a dos horas de distancia y desde allá le quitó el coto; yo mismo la vi después: el coto se le redujo, le reventó y le quedó una cicatriz en la garganta.

Alguna vez hice lo que recomienda Alejandro el Grande: él decía que para tomar un camino y que no lo mordieran a uno los perros o no le pasara nada se cogían tres cogollos de altamiza y se llevaban en la mano tendidos con el dedo corazón. Pero desde que era joven me aprendí la oración a la Virgen del Carmen que era la que más rezaba; esa oración la aprendí recién que quedé huérfano y me la enseñó un amigo que me dijo que con ella uno podía hasta hacerse invisible y que el Rey de España la tenía en una lámina de plata en su oratorio. ¡A mí la Virgen del Carmen me ha hecho milagros!

De muchacho compré Las mil y una noches cuando era un cuento perfectamente completo porque ahora es pura alegoría; ese libro hablaba de los grandes magos y yo alguna vez tuve la ilusión pero no conseguí obras buenas sino puras novelas y entonces dejé eso.

Como mis padres me enseñaron a ser religioso, yo fui muy devoto de las Almas y siempre les rezaba y yo creo que por esa superstición o por esa razón pude evitar caer en ciertas emboscadas. Una vez que temía que viajar a Bogotá, me vine como a las 8 de la noche y pasé una senda de 4 horas y bajé a Boquerón a coger la flota y llegué apenas un minuto adelante de la Flota Santa Fe que era la línea que debía tomar. Luego, a mi regreso de Bogotá, como naturalmente sufrí muchas hambres y me tocaban esos viajes y como no me daban sino para el pasaje y tenía que ahorrar 10 centavos para pagar la estera en el hotel Democrata, aquí en Bogotá, como venía de noche y seguí una cuesta bastante pesada me caí en dos ocasiones de hambre y cansancio. Luego llegué a la casa de un compañero y le golpié para que me diera posada, me tendió un toldo y me acosté rendido. Al rato de acostarme me soñé con un amigo: Vicente Muñoz, que vem'a por una media faldita abajo y al verlo yo me acordé que él era muerto; él me acostumbraba a decir "quihay" y me saludaba así; yo le dije: "¿Y cómo lo tratan allá en la otra vida?" y "¿cómo va nuestra lucha?", con las manos me dijo que más o menos, como con duda, pero luego volvió y afirmativamente me dijo: "¡bien!". Ya se acercó y me dio la mano. Al estrechar la mano vi que era una mano esquelética y entonces me da esa impresión tan fuerte que me desperté; luego con el cansancio me volví a dormir y seguí con el mismo sueño con el finado. Yo les había rogado que me madrugaran a hacer una changüita para no irme en ayunas y así fue; luego me salí de la población y durante el transcurso principié a sentir que me salían a coger y siempre fue tal la impresión que no pude seguir ese camino, aunque tenía que asistir a una diligencia; regresé y me fui por otro camino para mi casa. Al día siguiente madrugué a bajar y mis compañeros me dijeron: "De la que se libró usted, le tenían una emboscada los Acostas para matarlo". Entonces me favorecí de esa forma.

Otra anécdota es de una señora Ramona, que no le sé el apellido, y que quedó viuda con hartos hijos. Como yo había montado una parcelita tenía mucho maíz y ella estaba muy pobre;

entonces vino y se valió de una arroba de maíz prestado que cuando tuviera me lo devolvía; bueno entonces eso pasó así. Un día llegué muy rendido a mi casa y en ayunas como a las tres de la tarde, le dije a mi compañera, la mamá de Teodosio, que me trajera algo de comer y esa fue la única vez que ella me hizo un reproche: "si... de lo que trajo para alimentar la familia..., de eso le voy hacer de comer". Entonces yo rendido me acosté pensando que era mejor morir. Como yo estaba empezando a formar mi biblioteca, tenía un armario pequeño con libros y cogí al azar cualquier libro y me salió Bolívar por Comelio Hispano, abrí en cualquier parte, yo con esa decepción y esa tristeza, en esa pobreza tan inhumana, me puse a leer el pasaje cuando Bolívar se fue de Bogotá y estaba en Mariquita conversando con sus edecanes, que él tendría que pasar de incógnito en Europa porque él no tenía riquezas ni era de exhibir su personalidad. Estaba con un general Montillo y no recuerdo cuál otro, cuando en ese momento llegó un enviado del congreso de Colombia con una notificación de que había sido desterrado de Colombia; bueno eso me timbró tremendamente y me paré y dije: "Yo aunque sea quiero ser una coma en la vida de Bolívar", y cerré el libro y me paré a hacer el memorial para el día siguiente. Yo escribiendo ahí y pensando cuando oí una voz: "Buenas tardes", y yo: ¡maldita sea! ¿quién será? Siga... "Compañero, buenas tardes"; resulta que era una mujer que traía una maleta de mazorcas, arracachas, fríjoles; bueno, como una arroba de comida; la persona más pobre de la vida, fue la que en el momento más crítico llegó a recompensarme ese favor que yo le había hecho.

LA CULTURA GENERAL, LOS LIBROS DE FILOSOFIA Y POLITICA Y LAS BIOGRAFIAS

Cuando salí de la escuela no tenía en qué leer entonces un tal Teódulo Romero, familiar de Tomás María, tenía libros viejos y me vendió el libro llamado La civilización y los grandes inventos, editado por Callejas, una editorial española, que relata la vida del hombre

desde que vivía en cuevas hasta llegar a los hombres ilustres; ese libro me ayudó porque yo no podía comprar obras clásicas y ahí principié a conocer cómo se había desarrollado la civilización en el mundo. Una vez que estaba una comisión del gobierno en la vereda de Balconcitos del municipio de Icononzo y estaban comentando que la brújula era un gran invento pero que ellos no sabían quién la había inventado; "la brújula, les dije yo, la inventó el italiano Flavio Fioggia"; quedaron sorprendidos al ver a un campesino diciendo quién era el inventor, y yo lo había aprendido en ese libro como tantas cosas que se generalizaron con los libros.

Tuve una memoria feliz pues sin jactarme de nada yo cogía un libro cualquiera y le decía a alguno: cíteme una parte para aprendérmela de memoria en una hora y a la hora la recitaba de memoria. Eso me ayudó mucho. Después fui muy amigo de la poesía y compré Dolores y poemas de Ramón de Campoamor, todo en verso, como me lo leía cuando era joven, me ayudó para irme capacitando; hay un poema que se llama "Los Buenos y los Sabios", en tres cantos, que me gusta mucho; también recuerdo una frase que dice "El todo es saber cómo se educa un hombre y se eleva hasta Papa o Rey de este porquerizo", y otra: "En cuestiones de fe, según el cura, para ver claro hay que estar ciego".

Yo tenía una buena biblioteca cuando me quemaron la casa en Balconcitos: tenía bastantes libros y todos escogidos; tenía 7 libros de botánica; a Paracelso y otras obras selectas; la biografía de Napoleón y la de Abraham Lincoln, de Beethoven y de Sócrates, de Miguel de Cervantes y otras muchas. Me había leído la biografía de Fouché y de Tayllerand; casi de la Revolución Francesa pude darme cuenta a través de esas obras; Fouché era un tipo habilísimo, bastante audaz y trabajó mucho contra Napoleón.

Mis primeras lecturas políticas que creo eran ya políticas fue: El contrato social por Juan Rousseau; esa fue la primera obra política que leí; después El espíritu de las leyes de Montesquieu; esas que considero son obras políticas; y luego El poder soviético por el Arzobispo de

Canterbury, que me lo regaló un señor Manuel Rubiano, apodado "La Pisca", que vivía en Icononzo y que era un crítico muy terrible y un contalón de chistes. Un día me echó una sátira muy hiriente, muy pesada y ya iba yo para mi casa cuando me regaló ese libro. Después compré El capital pero un extracto; era un solo libro pequeño que no alcancé a leer porque ya principiaba la lucha tan ardua que no me dejaba tiempo para leer. Entonces ya fui penetrando en eso y me leí a Maquiavelo también.

La admiración que me casuaba la Revolución Soviética era por lo que le oía decir a Erasmo Valencia: "Aquí tenemos que crear los soviets porque los soviets son el porvenir del mundo". Por lo que me contaba el compañero de los grandes adelantos soviéticos, yo tenía un buen concepto de lo que era la política general; pero acá la propaganda era que robaban, violaban, quitaban, y claro eso le hacía a uno temer; pero como yo era un hombre de izquierda y ya madurándome poco temí a eso. Yo seguí siempre en la lucha por el pueblo como Agrario, pero no he sido nunca un reaccionario.

Con las enseñanzas del compañero Valencia me formé ese concepto de un gobierno del pueblo y como dijo Abraham Lincoln: "Del pueblo, por el pueblo y para el pueblo". Pero ahora las leyes no se hacen como antes; ya no hay grandes oradores como antes en que exponían sus razones, sus filosofías, con gran altura y vehemencia. Ahora todo se hace con componendas, fuera de los parlamentos y llegan allá con las leyes hechas para que el pueblo no se entere y no tome parte en eso. Entonces imo se convence cada día viendo los países socialistas que ese es el mejor sistema para el pueblo y la humanidad.

Por obligación del Partido tuvimos que leer Táctica y estrategia de la revolución china, en mimeógrafo, y La democracia china. Admiré mucho a Mao; yo tengo unas cinco obras de él y los Escritos Militares, que leo de vez en cuando por curiosidad; Mao era un hombre muy penetrante, muy instruido y todo, pero ideológicamente se turbó y tuvo grandes equivocaciones que fueron fatales para China. Nikita fue el responsable de la división por el combate que le hizo al "culto de la personalidad" de Stalin, que fueran discursos académicos él los iba matizan-

excesivo, y la China lo adoraba porque cuando la Unión Soviética invadió al Japón todo eso de Manchuria por allá, todo ese armamento tan grandioso y que estaba intacto, se lo pasó a la China para que terminara su revolución. Si usted me da un poderío tan grande, ¿cómo puedo ser enemigo de usted?

JORGE ELIECER GAITAN

En 1930 conocí primero a José Manuel Gaitán, médico; y recuerdo eso porque yo llegué enfermo de una especie de disentería y él me aplicó, viendo la gravedad, una inyección de morfina y en todo ese tiempo pues no tuve relaciones sociales. Después, cuando Gaitán ya entró en la política que principió con "las Bananeras" y que el compañero Valencia, echó en su periódico un artículo que decía que "El día tal de julio... llegó como un cristo sangrante al parlamento a plantear lo del asesinato de las Bananeras..." y le hizo un elogio elocuentísimo; entonces yo estuve muy interesado en conocerlo y en seguirlo.

Yo no fui unirista; en ese tiempo fue cuando él se inventó el Unirismo pero a mí no me provocó participar en el Unirismo; después ya cuando entró de candidato, después del Unirismo, fue cuando lo conocí y él simpatizó conmigo. Yo recuerdo que le hicieron un homenaje en Ibagué y yo era miembro del Comité Departamental Gaitanista y allá los oferentes le exigieron que no retrocediera como en el Unirismo; entonces él en su discurso dijo: "Si me detengo empujádme, si avanzo seguidme"; eso fue para la campaña del 46.

El tenía un lenguaje para el pueblo y hablaba siempre para el pueblo y por eso su amistad con el pueblo fue siempre constante; cuando se anunciaba una conferencia de Gaitán en el Teatro Municipal desde que yo pudiera me venía de Icononzo para escuchar ese verbo tan convincente, ese verbo tan arisco, tan fuerte contra las oligarquías y contra los poderosos y en defensa del pueblo; porque había figuras que cualquier persona por ruda que fuera las entendía. A pesar que en algunas ocasiones

do con pasajes para el pueblo que perfectamente se hacían comprensibles; claro está que el pueblo propiamente dicho, puro popular, carecía de intelectualidad; pero con ese verbo hasta el más corto de capacidad lo entendía.

La simpatía del pueblo por Gaitán se debe a su origen humano, es decir de clase pobre; él era hijo de una maestra y era un patriota; los otros defendían sus intereses y él, en su verbo, atacaba los intereses de los poderosos, la explotación, las componendas y todo eso. Murió Gaitán y ¿cuál otro ha sido capaz de levantar ese entusiasmo popular?

Gaitán comprendía los sentimientos más profundos del pueblo, su tragedia, su abandono, su ignorancia, su miseria y aunque podemos decir que se trataba un poco de demagogia, sin embargo ya en su tesis de grado: Las ideas socialistas en Colombia, se inclinaba hacia allá; pero él veía el tropiezo que se le presentaría para de una vez proclamar un gobierno puramente popular; entonces él hacía esas variaciones; pero si leemos las tesis de él encontramos ese espíritu revolucionario. Yo recuerdo que después de la muerte de Gaitán y muerto también el compañero Valencia, y yo perseguido y víctima de una infinidad de atentados, no podía dejar que el Movimiento Agrario se perdiera y por conocer las ideas socialistas de Erasmo Valencia y la admiración que me causaba la Revolución Soviética, entonces yo me matriculé en el Partido Comunista sin que ellos me invitaran; yo no sabía de células ni de nada y por eso pedí mi aceptación directamente al Comité Central.

LOS VIAJES A LA UNION SOVIETICA Y A CUBA

A la Unión Soviética fui en dos ocasiones, ambas para tratamientos de salud; la primera estuve en Yalta 36 días en un sanatorio muy hermoso con vista al Mar Negro. Un día en el "hall" del sanatorio conocí a Titov, cuando me lo presentaron me dio un gran abrazo... ¡qué emoción la mía conocer al hombre que había hecho el segundo vuelo al espacio! yo tengo

una tarjeta con el retrato y el autógrafo de Titov. En otra ocasión, en el mismo sanatorio, conocí a la esposa de Gagarin, el primer astronauta; también me la presentaron y nos tomaron una foto; por la tarde llegó Gagarin; a él le di la mano; no lo abracé porque no hubo oportunidad para que nos presentaran.

Todas mis impresiones de la Unión Soviética fueron muy positivas; lo único que no me gustó es que estando yo allá retiraron el cadáver de Stalin del lado de Lenin. Yo fui admirador de Stalin porque me leí la biografía escrita por Henri Barbusse, un escritor francés que vivió en esa época y que me parece que era del Partido; pero es una obra muy grande. Aún sigo pensando que Stalin era un gran hombre, posiblemente tuvo sus errores y errores graves pero es con Lenin el forjador del gobierno soviético. Según la biografía de Barbusse, Stalin, mandado por Lenin, organizó la resistencia y la ofensiva contra el poder imperial. Después de Carlos Marx, Engels y Lenin, fue la persona que favoreció, defendió y fortaleció el país soviético.

Stalin tuvo otras virtudes que no sabría relatar con precisión. El estuvo prisionero, pasó muchas vicisitudes y tuvo mucha fe en la victoria contra el fascismo; lo que más admiro es su hombría. Ahora, pues, él mató un poco de gente porque lo engañaban tipos como ese Beria que mucho tiempo después lo descubrieron y lo mataron.

A Cuba fui por invitación que me hicieron cuando ya era el gobierno legal; nos invitaron a López Michelsen, a Manuel Cepeda, a Garavito Muñoz y a mi persona; eso fue en 1960; fui con pasaporte legal; López no fue y mandó a Enrique París, locutor de Nuevo Mundo. Nos hallamos precisamente a la toma de La Prensa que era un periódico español enemigo; una noche de esas celebraron el entierro de La Prensa; eso fue mucha gente y salimos a mirar el desfile: llevaban una especie de ataúd, unas coronas, luces y por lo menos cien mil personas; estábamos ahí con Enrique París mirando una muchacha que bailaba y decía: "Ahora sí se murió, ahora sí se murió...".

Y se vuelve Enrique París y me abraza y me dice: "¡Ay... mijito, esto no lo ataja nadie!". En Cuba duré quince días, mi programa era para tres meses y paseé y conocí, fue a Riga donde se ve la base de Guantánamo, como que se llama esa parte de la Sierra Maestra; estuve en Santiago de Cuba y otras poblaciones, estuve en Playa Girón, y gocé de mucho aprecio allá; participé en reuniones, me quisieron mucho, pero yo me aburrí y dije: "yo me voy". Con Fidel no pude conversar porque tenía unas sesenta delegaciones de todo el mundo y claro está que él tenía que atender

sus asuntos diplomáticos; hablé con Raúl y conocí al Ché Guevara.

El Ché Guevara me causó una gran impresión: muy sencillo, paquete debajo del brazo, conversando con todo el mundo. Tuve una impresión verdaderamente grandiosa de ese hombre; en un retrato alcanzó a quedar un brazo mío porque los argentinos lo acapararon y me sacaron; una gran persona, muy sencillo, hablaba más bien poco pero lo que hablaba era pura doctrina.